

que vienen como un relámpago al ánimo y estallan como una centella. En los tranquilos y encantados patios de aquel maravilloso palacio, hubiera comenzado la guerra, si Hacem, bien pronto instruido por algunos cortesanos de lo que sucedía, no sale á recordar el respeto debido al embajador y al huésped. En las puertas del mágico alcázar, tomaron los nuestros sus caballos, y saliendo pronto de Granada, se perdieron en la Vega, después de dejar con todo cuanto había ocurrido tras de sí, una guerra, que á la verdad acababa de comenzar en aquel supremo minuto.

CAPÍTULO VII.

La salida que tuvo esta embajada, necesariamente había de dar como resultado inevitable la guerra, y la guerra cruenta. Acabado por las palabras de Hacem todo el respeto debido á los antiguos compromisos y á los mutuos pactos, penetraba por las sendas fronteras alternativamente la furia propia de dos razas enemigas, empeñadas en destruirse y aniquilarse, alimentando una guerra sin tregua y sin término. El castillo de los Solís parecíase, por aquel entonces, en las comarcas afligidas de crueles irrupciones, al escollo, donde las olás alteradas se arremolinan, y á la cumbre donde se desatan y estrellan las tormentas. No había irrupción árabe que no diese por aquellas vegas y cañadas, punto estratégico de primer orden, puesto que de sus líneas podían partirse los irruptores hacia Córdoba ó hacia Sevilla con gran facilidad. En cuanto Vera volvió, y alojándose de nuevo allí en

su regreso, indicó la ruptura entre los Reyes Católicos y los príncipes nazaritas, Solís dispuso apercebirlo y prepararlo todo para una formidable defensa. Levantáronse pendones, y apercebiéronse calderas, como siempre que se debían reunir las tropas del señorío. Los vientres de los cañones se cargaron de proyectiles; y las torres y fortalezas se proveyeron de guarniciones; y los fosos se llenaron de agua; y los puentes levadizos, levantados todos, se opusieron á la comunicación exterior: el vigía subió por los montes más altos para dar las señales de próximo peligro; el escucha puso en tierra su oído para percibir los pasos; el centinela redobló la vigilancia; y el campanero tuvo que colocarse allá en las torres más altas para tocar á rebato y reunir con sus clamores á todos cuantos por aquellos sitios tenían el deber de pelear y morir por el señor de su tierra y por la religión de su patria.

Isabel mostró, en aquella suprema ocasión, todos los recursos de su genio y todas las riquezas, así morales como intelectuales, de su alma. Parecía ya un doctor, ya un general, ya un penitente. Ninguno de los guerreros avezados al combate continuo le aventajaba en el estudio y conocimiento de los sitios estratégicos más propios para el ataque y la defensa; ninguno de los monjes reunidos en el convento franciscano, que completaba el castillo, hacía con tanta diligencia sus oraciones diarias, ni rogaba con tanto empeño al Dios de las batallas una victoria en rezos incesantes como la piadosa

Isabel. Ya se la veía montada en alazán de guerra inspeccionar los alojamientos militares; recorrer las guardias y los retenes; excitar al entusiasmo y al combate; ó ya, cubierta con largo manto, de rodillas al pie de los altares, plegadas las manos, extáticos los ojos, dirigirse al cielo, estableciendo tal comunicación y tan estrecha con lo sobrenatural por medio de sus plegarias, que allegaba y tenía verdaderas místicas visiones, en las cuales se le presentaban á una, con todo el relieve de la viviente realidad, los seres y los objetos sobrenaturales, á quienes enderezaba sus plegarias. Adorábanla, pues, todos en aquella tierra, donde bien puede asegurarse que la hermosa Isabel de Solís era, en pequeño, lo que la grande Isabel allá en Castilla; una mujer, que sin renunciar á la delicadeza y á la ternura de su sexo, poseía las viriles virtudes indispensables allí donde reinaba con tanta fuerza y tanto imperio la guerra.

En cuanto Vera se alejó de Granada, reunió Hacam su Consejo, para que le asesorara y esclareciera en el plan de campaña que debía seguir contra enemigos tan formidables como los dos monarcas españoles. Desde que los empujes de la reconquista se detuvieron á las orillas del Salado por la herencia de guerras cruentísimas entre su hijo legítimo y sus hijos naturales, dejada por el Onceno Alonso, toda la táctica cristiana se había reducido á correrías é irrupciones por la vega y demás dominios granadinos, cuyas correrías é irrupciones

pasaban cual nubes de verano por el cielo y cual rápidas inundaciones por el campo. Sólo allá, cuando la realeza debilitada podía rehacerse y cobrar en algunos momentos fugaz valor, acometíase por los reyes mismos alguna que otra empresa, como la coronada por el triunfo de la Higerita, merced al empeño con que D. Alvaro de Luna, en su reconocida previsión, había restaurado la política de los reyes anteriores á los Trastamaras, y tenido así en respeto y en obediencia por un milagro rapidísimo á la inquieta y anárquica nobleza. En tiempo de su heredero Enrique IV, subido al trono después que los nobles habían alcanzado la entrega del Condestable á su voracidad; ya lo hemos dicho, las guerras con Granada se limitaban á meras correrías de una incertidumbre grande y de un gran desorden por carecer del plan maduro y unidad saludable que sólo un poder tan fuerte como el poder monárquico, levantándose sobre las contradicciones feudales, podía dar á esfuerzo tan gigante cual aquel indispensable para rematar la guerra de siete siglos y concluir la santa reconquista. Enrique IV había visto Granada por un capricho de su arbitraria voluntad, que le conducía de aventura en aventura ridícula, y por una complacencia de los reyes granadinos, que le creían actor, y no rey, más propio para representar una comedia que para iniciar una empresa. Los caballeros feudales, sí, los Girones, los Carrillos, los Medina-Sidonias, los Villenas, los Ponces, arremetían por la vega, cuan-

do se lo demandaba el gusto, y concluían hazañas, más ó menos gloriosas, de superior empeño muchas, pero de muy escasa utilidad al engrandecimiento común de nuestra patria y al arraigo en ella de una monarquía poderosa, y capaz de prestar la fuerza y la unidad necesarias al Estado, quebrantadísimo por las feudales tormentas.

Hacem, ducho en las artes políticas, tanto como maestro en las artes guerreras, comprendió que la suerte de su reino estaba en aprovechar la coyuntura plausible de un desorden sobreviviente al débil Enrique, y no bien dominado aún por sus débiles sucesores, para impedir á la monarquía rehacerse, y ya rehecha, caer sobre su corona con la pesadumbre de una recién adquirida grandeza. Así trajo de África tropas berberiscas, en las cuales el temple guerrero se aunaba con el furor contra la cristiandad; y las requirió y las aparejó, presentando á sus codiciosas miradas cuánto les convenía desquitarse de seculares afrentas y abrir camino á las esperanzas acariciadas por los expulsos, allá en el desierto, de recobrar su España, tan querida como llorada, por los que habían levantado á la sombra de Sierra Morena sus aljamas, en la desembocadura del Guadalquivir sus girdaldas, y en las orillas del Tajo sus madrisas, sus alcázares y sus mezquitas, esmaltando, como un templo del Profeta y como un mirab del Korán, toda la península. No le permitían, ni sus fuerzas, ni los tratados, una campaña en toda regla y con todo arte, pero sí le per-

mitían irrupciones parciales, y por su propia brevedad tan fuertes, intensas y asoladoras, como una gran catástrofe natural, de las que turban los cielos y talan las campiñas. Por una singularidad, propia de tan extraordinarios tiempos, en las treguas antaño convenidas, se habían puesto cláusulas, á la luz de una razón serena inexplicables, como, por ejemplo, la de que podían los dos reyes de Granada y de Castilla, cuando les pluguiera, entrar en cabalgata y correría por el territorio vecino, con tal de que no dieran al viento sus banderas ni sonaran sus añafles y trompetas, ni sentasen reales, ni se mantuvieran por más de tres días en estos rápidos empeños; verdaderos relámpagos de combate. Así, pues, el Consejo advirtió á Muley Hacem su derecho de acometer á Castilla por donde le placiese, y debilitarla con golpes rudos aunque rápidos, y con irrupciones, cuya brevedad podía estar bien compensada con el empuje y con la fuerza.

No se lo dirían dos veces al audaz monarca. Puesto que antiguos pactos le facultaban para estas acometidas, cumplirlas á poco de pensadas. Estudió bien los lados flacos del enemigo y arremetió con ellos. Ninguno tan debilitado como Zahara, conquista de D. Fernando de Antequera. En la extraña organización feudal habíanla dado en señorío los reyes á un Fernán Arias, y este Fernán Arias á su hijo Gonzalo. El donante, como todos los caballeros de tal edad, no se resignó al goce tranquilo

de sus hermosos feudos, entre los cuales contaba con grande orgullo á Tarifa; rompió en correrías por un lado y por otro, viviendo á la continua del botín que le dejaban sus peleas incesantes, ni más ni menos que las fieras en los bosques. Los combates del rey Enrique IV con sus hermanos Don Alonso y Doña Isabel, así como los combates de los nobles castellanos entre sí, tentaron al indócil Fernán Arias, y le metieron en las trombas de las feudales guerras. Cabalgó como un ángel exterminador, destilando sangre de sus armas jamás satisfechas de matanza, por todos cuantos campos de batalla se podían ofrecer á su inquietud. Taló, incendió, saqueó, exterminó, como si fuera un ministro de la muerte; al cabo le volvió las espaldas la fortuna, y lo derribó por los suelos en aquellas frecuentes alternativas por que pasaban los bandos en sus luchas. El noble castellano debió á un esquife la salvación; y atravesando el Estrecho, fué á dar con sus rotas y con sus desgracias en África. Los aduares berberiscos, refugio de las razas infieles vencidas por sus padres, le vieron pedir limosna y alargar la mano para recoger un puño de dátiles salvajes y un vaso de cálida leche. Perdonado por los Reyes Católicos, pero empobrecido por sus demencias, volvió á las lloradas tierras andaluzas, y se asiló dentro de un torreón solitario en el célebre Aljarafe de Sevilla. Un día, la tierra se abrió bajo sus plantas; y el torreón sacudido por los terremotos, se hundió sobre su cabeza. No le quedó

á su familia más feudo que la gentil Zahara, por su hijo Gonzalo poseída; pero flaca y pobre y desgraciada, sin fuerza y sin recursos. Supólo Hacem, y á la callada se lanzó con sus tropas sobre la población infeliz del triste á guisa de tigre sobre caravana. Sirvióle de mucho una tempestad, cuyos furores hubieran detenido á otro más tímido que al postrero quizá, sino de los reyes, de los héroes nazaritas. El relámpago deslumbraba sus ojos; el trueno ensordecía sus orejas; desgajaba el rayo los árboles circunvecinos, y las granizadas caían y rebotaban sobre las armaduras; mientras la inundación, en forma de torrente, le quitaba con furor bajo los piés la tierra. Nadie podía en la plaza española creer que á tal hora, y bajo tal tormenta, pudieran llegar los enemigos. Mas llegaron á una con la prontitud del relámpago; subieron á las almenas tan misteriosamente como suben las nubes á las alturas; sacaron las cimitarras, que á la luz de las centellas parecían cometas caídos del cielo; y mezclaron los gritos de su victoria con los retumbos del trueno.

No hay para qué decir cuánto y cómo los berberiscos llegarían á cebarse, rabiosísimos de suyo, en las personas de los vencidos. La toma de Zahara se contará siempre por la historia entre las sorpresas más fáciles de un capitán afortunado, pero no entre sus glorias; porque la tremenda noche del inesperado asedio, y la ciega confianza del dormido zahareño, quitaron al triunfo material todo carácter de bien reñido y bien logrado combate. ¡Ay!

en lo apartado del hogar, en lo inerte del sueño, en los descuidos inspirados por breñas inexpugnables, los granadinos sorprendieron á los cristianos, y sin piedad alguna los pasaron á cuchillo. Pocos pudieron salvarse, y esos, arrojándose por los adarves á cuyos piés encontraron violenta muerte. Pero algunos huyeron de la matanza, cayendo en la esclavitud. Cuando los brazos se habían cansado del degüello dió Hacem un bando requiriendo á los sobrevivientes se presentasen todos en la plaza. Y se presentaron á una con el terror propio de numeroso rebaño sorprendido por los lobos. Una hueste berberisca los circundó, insultándolos después de humillados y rotos. Mujeres, niños, algunos varones, la población sobreviviente; desnuda, salpicada de sangre, transida de frío, descalza, llorosa, fué conducida por los vencedores á pie hasta Granada, cuyos aires alegres resonaban con el eco de zambas y torneos. Los granadinos, sin compasión alguna por el dolor de los zahareños, se lanzaban al pie del vencedor, celebrando su victoria. Pero la vista de aquellas gentes, sorprendidas y no domadas, llenas de postración, todavía tintas en la sangre de sus deudos, obligadas á correr como los caballos por los pedregosos caminos, dementes de dolor, su vista, decía, enfureció á un santón, quien, contrastando con los cortesanos adscritos á la fortuna, echó en cara elocuentemente al ensoberbecido Hacem su crueldad, y le aseguró con palabras tristes como los gritos de melancólica cor-

neja, los desastres que habían de acompañar implacables al tercio último de su vida y las ruinas que habían de caer precipitadas sobre su reino. Echáronlo de la presencia del rey los cortesanos; pero él, se lanzó por las calles. Y como las gentes sabían sus virtudes, sus ayunos, sus maceraciones, sus cilicios, y creían que tornaba de una gruta, bajo cuyas bóvedas había podido comunicarse con el cielo, al verlo venir, alto como una sombra, extático cual cumple á un penitente, con los ojos puestos en lo infinito y las manos en sacros amuletos gritando ¡ay de Granada! gritaban como él, y le pedían su intercesión manifiesta para preservar al reino de la ira de Alah y su Profeta. Mas Hacam, satisfecho con su triunfo, no hacía caso de tales presagios, y se preparaba con tiempo á nuevas correrías, que aumentasen los cautivos cristianos y le diesen fama universal entre los árabes.

CAPÍTULO VIII.

Bien pronto llegó la noticia de tales desastres al ríscoso castillo de Solís y esparció el temor consiguiente. Los castellanos comprendieron que Hacam, escogería otro nuevo blanco para sus empresas é irrupciones, y que lo llamaba mucho el sitio, donde se alzaba, en las fronteras, su fortaleza. Contaban ya los señores de Solís algunos años muy prósperos en que habían llenado sus trojes de trigo, sus bodegas de aceite y mosto, sus desvanes de almendra y seda. Muchos ganados corrían y triscaban por sus colinas sombreadas de robustos encinares. Población densa y aumentada por las muchas cosechas y la necesidad de fecundar aquel suelo feracísimo, podía tentar el inquieto deseo de un guerrador tan grande y tan porfiado como Hacam. Al saber lo sucedido en Zahara, temblaba Solís por su mujer y sobre todo por su hija. Las mayores penas del mundo le parecían ligerísimas

en comparación de la que podía traerle un desastre fácil, en el cual se perdiese aquella hija predilecta de su corazón, por quien diera mil veces la vida. El espectáculo de los horrores de Zahara prestaban natural pábulo ciertamente al terror profundísimo de Solís. Aquella hermosa criatura, nacida bajo escudos tan claros, educada en todas las grandezas, descendiente de cien cristianos abuelos, podía verse arrancada en medio de un furioso combate al castillo donde naciera y al templo donde orara, para ser luego conducida, entre los despojos de un bárbaro triunfo, al reino vecino, y de allí trasladada quizás á los bazares de Oriente, donde la venderían para ornato de un harem musulmán, que mancharía la pureza de su cuerpo y perdería para Dios y para el cielo su alma. Cuando tales pensamientos asaltaban la febril mente de Solís, corría un frío de muerte por todos sus nervios y trataba de contener su cabeza para que no estallase al impulso de tales terrores, cuya intensidad podía despojarle de la razón y sumergirle con grandísima facilidad en una súbita demencia. No sabía en su terror, á qué santo encomendar su dolor. Por fin se le ocurrió conjurar á la esposa y á la hija para que se retiraran á Córdoba y dejaran de hallarse así expuestas al furor de la gente granadina que podía caer sobre sus feudos de improviso cual había caído sobre la infelicitísima Zahara. Encaminóse pues á su estancia donde las encontró muy atareadas en labores domésticas. El aspecto

de Solís no debía ser muy tranquilizador cuando su esposa le preguntó al verle entrar tan alterado:

—¿Qué traes?

—Nada.—Contestó Solís muy distraído.

—Señor padre,—dijo Isabel, nos había la expresión de vuestra faz aterrado.

—Y creíamos—añadió la madre,—que los escuchas acababan de anunciar una irrupción á la vista.

—No, por ahora nada sucede.

—Pues ¿por qué tan demudado? Esposo mío.

—Porque puede suceder algún día.

—Dios y su Santa Madre nos preservarán de todo daño.—Exclamó Isabel con grande naturalidad, como quien tiene una fe viva en el cielo y una grande confianza en su amparo y protección.

—Sí, Dios y su Santa Madre nos ayudarán; pero algo debemos nosotros hacer también para que así sea.

—Pues no hemos hecho poco,—dijo Isabel.

—No todo cuanto debiéramos,—replicó Solís.

—¿Cómo?—Preguntó á éste su esposa.

—Repito que no todo cuanto debiéramos.

—¿Qué falta?—Preguntó Isabel.

—Mucho.—Respondió malhumorado su padre.

—¡Mucho! No atino con ello. Habéis agrupado vuestros siervos dándoles sus armas; habéis apercibido la defensa fortaleciendo muros y torreonnes; habéis cargado hasta la boca mosquetes y artillería; los vigilantes duermen sobre un pie; los escuchas, tendidos en el suelo, atisban el menor

paso: todo está preparado para el combate; ninguna sorpresa como la sorpresa de Zahara puede temerse; de consiguiente no hay para qué ni por qué ahora echar nada de menos.

—Yo no he hecho nada de menos; echo dos personas de más.

—¡Oh! Explicate,—dijo la señora de Solís con precipitación, adivinando temerosa todo cuanto encerraba la proposición de su marido.

—No he menester explicaciones. Lo habéis comprendido todo. No puedo ni debo, ni quiero permitir la estancia en este castillo, cuando se halla por todas partes amenazado de terribles asedios cuya salida no podemos adivinar fácilmente.

—Padre mío—dijo Isabel,—por Dios no habléis de eso; no habléis de nuestra separación jamás; pero mucho menos cuando un peligro de muerte os circunda y os amenaza.

—Invoco mi autoridad incontestable de padre para la separación.

—Y yo para no separarme invoco mi amor intenso de hija.

—Otras veces, Isabel, os habéis de mí separado.

—Sí, cuando yo no tenía ni conciencia, ni pensamiento, ni voluntad.

—Pues hoy como entonces no debes tener ni más pensamiento, ni más conciencia, ni más voluntad, que el pensamiento y la conciencia y la voluntad de tu padre.

—Niña, pude ir donde tú me mandabas; pero mujer, no puedo, no.

—Pues debes,—dijo Solís con arrogancia soberana.

—No has menester, no, recordarnos nuestros deberes para cumplirlos,—dijo la madre. Pero no te niegues á oír nuestras reflexiones antes de tomar tu resolución.

—Dejadme, no escucho nada.

—¿Queréis matarnos, padre mío?

—Quiero salvaros como pedazos que sois de mi corazón.

—Mata—dijo Isabel con verdadero arrebató,—el puñal ó la cimitarra del árabe; mata de un golpe, misericordiosa y compasiva; pero la impaciencia, la incertidumbre, la zozobra, matan como una larga enfermedad y como una perdurable agonía.

—No hay remedio,—exclamó Solís imperiosamente, y sacudiendo la cabeza como si quisiera negar á tales súplicas sus oídos.

—No digas que no hay remedio,—exclamó suplicante su esposa. Óyenos por piedad; oye á tu hija por Dios, antes de condenarnos á castigo tan cruel como una separación.

—No, no, esposa mía, no puedo en este trance oiros. Me temo mucho á mí mismo; temo á la propia debilidad, y mucho más que á mí mismo y á mi propia debilidad, temo á vuestras voces, reclamamos demasiado dulces para quien tanto y tan de veras os ama.

—Pero, padre, pensad que nos sacrificáis. Es más cruel vuestro cariño que la crueldad musulmana. ¿Cómo queréis que gocemos en paz otra residencia mientras aquí os amenaza la muerte? No saber á todos los minutos del día cuanto pasa en nuestro sitiado y triste hogar; no saber si cuando nos creemos felices habremos dejado de serlo por tu separación eterna. Prefiero presenciar la tala de nuestros campos, el incendio de nuestros bosques, la toma de nuestras fortalezas, á sentir el dolor continuo de tantos días zozobrosos y de tantas noches sin sueño. Una vez, una vez no más pueden venir los enemigos de nuestro Dios á esta comarca; mientras en la separación y ausencia, vendrán á todas horas, puesto que los veremos llegar en los terrores del ánimo á perseguirnos é inmolarnos con penas más terribles que toda cruel realidad. Quizá la cimitarra nos cercene de un tajo la cabeza y la muerte sea como relámpago que nos alce al cielo desde nuestro martirio, pues el bautismo de sangre borra todas las culpas tanto como el bautismo de agua ritual y sagrada. La incertidumbre de nuestra suerte allá en la separación, morderá más á nuestros corazones que los morderían cien alfanques hambrientos. Llamadnos rebeldes, padre, si queréis, pero creednos incapaces de vivir mientras vos peleáis y morís por nuestra defensa.

—Déjanos, déjanos aquí,—decía, sosteniendo los ruegos de su hija en tal trance al esposo la esposa, completamente desolada.

—¡Dios mío, qué corazón tan débil!—Exclamaba Solís perplejo ya y próximo á rendirse de puro conmovido interiormente, y casi arrastrado por tantas súplicas á la resolución suprema de permitirles allí la estancia en tanto y tan proceloso peligro.

—Por Dios, por Dios,—gritaba la señora de Solís con fuerza mayor á medida que más rendido veía en aquel trance á su perplejo esposo.

—Sí—decía Isabel á su vez,—necesitamos de vuestra presencia; y vos, padre mío, necesitáis de la nuestra. Si no se pueden ir en la proximidad inmediata de tan alta empresa los que pelean ¡oh! tampoco, tampoco se pueden ir, creedlo, padre mío, los que rezan. Mientras nuestros vasallos combatan, nosotros, con las manos plegadas ante la Virgen del altar y los ojos embobados en la contemplación de su divina cara, lograremos desarmar la cólera divina y traer á tus pendones señoriales una inmarcesible victoria. Necesarias las fortalezas que defienden los hogares; y más necesarios aún los templos, por ser más fuertes, puesto que nada resiste á la voluntad omnipotente de Dios; y á su vez, la voluntad omnipotente de Dios no se resiste nunca jamás á la oración despedida y elevada de un alma sincera. ¿Para qué has erigido el monasterio que se levanta sobre nuestro feudal palacio y le tiende su sacra sombra como un árbol del cielo? Para que nosotras oremos. Y el alma de la mujer, cuando reza en el templo santo, se parece á los ángeles que

rodean las pinturas místicas y que nadan en los vidrios de colores colocados en los rosetones y en las ojivas de nuestras iglesias. Dejadnos, pues, padre, rezar á vuestro lado.

—Yo bien os dejaría si me aseguraseis que íbamos á morir todos juntos. Pero no, no lo creo.

—Padre, moriremos.

—Temo, ¡ah! temo mucho que la cimitarra musulmana perdona tu hermosura. Esta noche me ha despertado tu madre al sentir escaparse de mi pecho un grito tal, que hubiera fácilmente derribado la bóveda de la grande alcoba sobre nuestras cabezas.

—Es verdad. Terrible grito ha sido.

—Pues bien, soñaba que los moros habían venido aquí en alas de la tempestad como á Zahara, y que habían tronchado nuestras altas torres cual troncha el rayo los copudos cipreses. Todo este desastre me cogía impasible y resignado á la eterna voluntad de Dios. Pero de pronto, me dicen que te han hecho cautiva y que te llevan apresada con cadenas de oro al serrallo del vencedor. Entonces me apareciste despojada de tu fe, convertida en la manceba de nuestros enemigos. Te ví echada sobre sus lechos, bajo las bóvedas estalácticas de sus camarines é iluminada con la luz de sus celosías, aguardando el impuro beso de sus labios, como la última de sus esclavas. Y el dolor que me sobrecojió en sueños, asemejóse á una puñalada en mitad misma del corazón, arrancándome así estridente

grito, cuyo eco llevaba en sí un verdadero infierno.

—Desechad, desechad, padre mío, esos sinie-tros presentimientos y creed que no puede venir hasta aquí, no, la terrible irrupción sarracena. Creed más, creed que si viniera, la espada de nuestra familia, mantenida por vuestro fuerte puño y la oración de estas pobres mujeres, enderezada con sinceridad al cielo, conjuraría tamaña catástrofe, trayéndonos el iris de una paz verdadera y la seguridad completa de que no serían osados los implacables contrarios á desafiar y arrostrar el empuje de vuestro esfuerzo y la eficacia de nuestro rezo.

—Parece imposible que así tengas confianza, cuando mil veces has comparado, en feliz comparación, este nuestro castillo tan sólido, con la nave lanzada en alta mar á merced completamente del huracán y de las olas. No, no estamos seguros, y por no estar seguros tiene tanto mérito nuestra valerosa resistencia en este proceloso y tempestuosísimo sitio. Déjame, pues, que se cumpla mi voluntad, y apercibíos á salir inmediatamente con toda vuestra servidumbre particular para Córdoba, donde no pueden llegar en sus vuelos más rápidos y más audaces las nefastas enseñas granadinas que asombran este horizonte y flotan á la continua sobre los adarves de esta fortaleza.

—Por Dios, padre mío,—exclamó Isabel, hincándose de rodillas ante su padre,—no déis muerte así con vuestra crueldad á quien disteis vida con vuestro amor. Esta carne que viste mi alma os pertenece

de derecho, puesto que vos la formasteis, y ha de caer aquí exánime y exausta de sangre á vuestras plantas en defensa del hogar vuestro, sino combatiendo, porque no se lo permite su debilidad, evaporándose como una nube de incienso en la llama de una oración continua y dicha bajo las bóvedas augustas del templo levantado por vuestra piedad y vuestra fe. No, padre mío, no me lancéis de vuestro lado. Prefiero morir, ya os lo he dicho, morir mil veces á encontrarme lejos de vuestros combates y expuesta, si moris mártir de vuestra fe, á no poder cerraros los ojos con mis manos y no poder deciros el rezo primero de difuntos. Por Dios, por Dios, padre mío, dejadme aquí, dejadme á vuestro lado, pues condenarme á terrible ansia, es tanto como condenarme á segura muerte.

—Por Dios,—decía también á Solís su esposa desolada.

—No me habléis más. Vuestras súplicas no torcerán mi convencimiento.

—Padre, padre, piedad, piedad,—gritaba Isabel.

—Hija, hija mía, mi deber, después de haberte dado la vida, está en conservártela. Y para cumplir este deber, hay que separarnos, brevemente, sí, pero que separarnos ahora mismo. Apercebido todo, porque no se habrá puesto el sol de este día cuando estéis camino de Córdoba. Tal es mi deseo y tal vuestra obligación. Escuché como amigo, lo que no debí tolerar como padre. No hay más remedio que obedecer al superior mandato. Ya lo he di-

cho, y no lo revoco. Saldréis esta tarde del castillo, como yo salgo de la estancia.

Y en efecto, salió, dejando á las dos mujeres en la desolación más espantosa.

Las órdenes de Solís, dadas con premura, se cumplieron bien pronto con precipitación. Mulas cargadas de ricos equipajes, hacaneas apercebidas y aparejadas para recorrer una larga distancia, se reunieron á la puerta del castillo, y esperaron á las dos ilustres señoras y á toda su comitiva para conducir las, sin detención de ningún género, al seguro de Córdoba. Inútil decir, después de cuanto hemos visto y oído en el anterior diálogo, cómo resistirían hasta el postrer instante las dos amas de aquella noble casa, una separación inspirada por el amor mismo que inspiraban al señor y jefe de toda la familia. Pero la organización de esta santa sociedad se fundaba entonces, mas que ahora, en el principio de obediencia, y no podían, débiles mujeres, burlar el mandato de quien desempeñaba el poder supremo, dentro y fuera de la casa. No probaron ni un bocado las mujeres en su mesa. Gimieron mientras las vestían con los arreos de viaje. Se abrazaron dos ó tres veces á las rodillas de quien tan imperiosamente, si bien por su salvación, las despedía de allí. Cayeron dos ó tres veces en desmayos alarmantes para toda la familia. Hirieron al aire con sus quejas. Empaparon el suelo con sus lágrimas. Y no hubo más remedio que salir y apresuradamente, pues Solís experimentaba una grande im-

paciencia, temiendo la irrupción de los granadinos, nunca tan terrible y amenazadora como entonces, en aquel esfuerzo último de los árabes, para romper el círculo férreo que debía oponerles con seguridad el restablecimiento de la salud del Estado en Castilla y Aragón, por la firme y previsora política de los Reyes Católicos. Cumplíanse ya las órdenes de Solís, y preparábanse á salir todos los enviados á Córdoba, cuando se cumplió aquel popular dicho, que muestra y enseña cómo el hombre propone y Dios dispone. Ya estaba la comitiva en marcha, bajando la cuesta del castillo, y de pronto los vigilantes dan la señal de que se aproximan los moros.

CAPÍTULO IX.

Habréis visto muchas veces en el campo, cerca de los palomares, las bandadas de palomas reunidas, bien para beber en los remansos del arroyo, bien para devorar el trigo y las semillas que provida mano les ofrece; las habréis visto, si en el descuido les asalta una sorpresa bastante á espantarlas, alzar el vuelo, batir las alas, y arremolinadas en tropel, buscar un asilo en el sitio donde tienen sus guaridas y asiento. Pues bien; igual sucedió así que anunciaron el arribo de los árabes. Toda la comitiva se volvió en tropel y desorden al castillo, deseosa de un seguro contra la irrupción amenazante, cuyas avanzadas se veían ya por las colinas del Este requiriendo sus armas y provocando al combate.

Nada tan terriblemente bello como el aspecto que ofrece aquel sitio; las lanzas que brillan chispeando á los rayos del sol de la tarde; los soldados berbe-